

SUEÑO EN UNA NOCHE DE VERANO

POR JESUS TELLERIA ARMENDARIZ

Sucedió, hace ya algunos años. En ese salvaje rincón del Pirineo que constituye el macizo de MONTE PERDIDO, también llamado de las TRES SORORES, por ser sus cumbres dominantes —CILINDRO DE MARBORE, MONTE PERDIDO y SOUM DE RAYMOND— como «tres hermanas gemelas», que montan guardia permanente sobre aquellos valles, abismos y ventisqueros.

Habíamos llegado en automóvil al Circo de Pineta. Estaba muy avanzada la tarde, cuando dispusimos las mochilas e iniciamos apresuradamente la marcha hacia la Ermita de Nuestra Señora de las Nieves, en el extremo del valle. Al pasar junto a ella, saludamos a la Virgen con la Salve Regina, y rápidamente —pues la luz del día se extingue por momentos— emprendemos la ascensión al murallón que cierra el Circo de Pineta. Caminamos por un marcado sendero que conduce al LAGO HELADO de Tuquerroya, el cual en amplios y constantes zig-zags, va ganando altura hasta desembocar —a los 2.500 m.— en una plataforma extensa, en cuyo centro se encuentra el citado LAGO HELADO que se alimenta del GLACIAR colgado de MONTE PERDIDO.

Son más de las diez de la noche. El silencio es completo. La oscuridad es total. El cielo negro azabache, cuajado de estrellas, poco nos ayuda a distinguir el sendero, y pronto nos extraviamos. Buscamos afanosos un lugar para vivaquear, y tenemos la suerte de encontrar las ruinas de una caseta de Iberduero, que debió construirse cuando hicieron la represa del lago. No sabíamos entonces, que a poca distancia, teníamos a nuestra disposición, un acogedor refugio montaño para pasar la noche.

Estoy casi agotado por el esfuerzo de la subida. Mis compañeros acceden amablemente a relevarme del trabajo de montar el campamento. Me aparto un poco de ellos, con mi saco de dormir que extiendo sobre una roca casi plana. Por simple curiosidad, dejo apoyada la Leica apuntando al Cilindro de Marboré, y abro el obturador. Me meto en el saco, cara a las estrellas..., y empiezo a soñar...

* * *

El cielo es una enorme sortija tachonada de brillantes que tintinean en la oscuridad. La atmósfera es sutil, tenue, transparente. Diríase que no existe ningún manto gaseoso entre las estrellas y yo. Casi podía tocarlas con las manos.

El silencio es completo, absoluto, impresionante. Los arroyos han quedado dormidos por el frío. Sólo de vez en cuando, un SERAC del cercano glaciar, estalla en mil pedazos, con un ruido seco y penetrante, como «un quejido».



*El Cilindro de Marboré desde el Lago Helado de Tuquerroya. Fotografía sacada a la luz de la luna.
Película Kodak Plus x f. 5,6, 15 minutos de exposición. (Foto Jesús Tellería)*

Súbitamente, alguna de las estrellas parece desprenderse de su engaste y atraviesa fugazmente el firmamento, de un extremo a otro. Acude a mi mente la imagen de los Sputniks, de los cohetes interestaciales, del progreso del hombre... Sonríe al considerar la vanidad de este pensamiento; la pequeñez del hombre, la grandeza de Dios.

Poco a poco, las tinieblas que me envuelven, van dejando paso a la luz y a las formas. Lo que al principio era un tenue resplandor por oriente, se ha transformado en un blanco disco de luz. Una luz pálida, fría, melancólica... triste. ILLARGIA, la luz de los muertos; pero que, paradójicamente, da vida a todo cuanto toca.

El GLACIAR DE MONTE PERDIDO es ahora un inmenso espejo que refleja y multiplica este torrente de luz. A su contacto, todas las montañas se muestran ataviadas con sus blancas galas. Descuelgan sobre todas, las TRES SORORES, hieráticas, inmóviles, petrificadas... como tres ancianas que, amortajadas y con blancos sudarios, sólo esperan las trompetas de la resurrección, en el día del Juicio Final.

El firmamento también parece animarse. Un enjambre de estrellas cobra vida, toman forma... bajan del Cielo a la Tierra. ¡Vienen hacia aquí! ¡Se acercan a mí!...

¡No son estrellas!... Son legiones de guerreros ataviados con harapos de pieles. Con largas barbas y mirada feroz. Van provistos de cortas espadas que cen-

tellean con fulgores siniestros. Sus semblantes son adustos; sus ademanes iracundos; sus gritos estridentes de odio y desafío.

Parece que se alinean en dos bandos opuestos, prestos a abalanzarse en sangrienta batalla.

Retumban los tambores e irrumpen sonos belicosos. Ocultos TXISTUS, flautas ancestrales, lanzan sus notas penetrantes, de tonos agudos, que son multiplicadas mil veces por el eco de los abismos. La melodía es ardiente, airosa, anhelante... Incita al ritmo, a la danza, a la guerra... ¡a la EZPATADANTZA!

Los dos bandos se acometen con furor. Saltan chispas al cruzarse los aceros. Caen por todas partes heridos moribundos. Ríos de sangre por doquier. Aullidos de dolor y de triunfo.

* * *

De repente, en medio del fragor de la batalla, un IRRINTZI, un grito largo y orrisono paraliza a los contendientes. Siguen unos instantes de silencio mortal...

Las TRES SORORES arrojan sus mortajas de piedra y sus helados sudarios. Con gran majestad toman asiento en sus excelsos tronos sobre los abismos... Su porte es sereno y grave. Su semblante está triste. Parece como si llorasen. En efecto ¡están llorando!, y sus lágrimas caen en cascadas sobre sus mantos de nieve.

Pero se reponen... La mayor de ellas, que ocupa el centro, tiene la mirada extraviada, el semblante PERDIDO en antiguos y melancólicos pensamientos.

Recuerda con nostalgia aquellos tiempos, en que los hombres, sencillos pastores, que poblaron estas montañas y valles pirenaicos, vivían en la paz de JAUNGOIKOA, del Señor de lo Alto. Aquellos días en que el Amor era la LEGE ZARRA, la antigua y eterna ley que gobernaba estos pueblos. Después...

Después llegó el orgullo; la tentación de querer imitar a los pueblos vecinos, con otra mentalidad, otras costumbres y otra cultura más complicada que la suya. Tomaron de sus vecinos el amor a las comodidades y el trabajo fácil. Despreciaron su sencilla vida de MENDIGOIZALES, de montañeses, y quisieron ensanchar sus dominios con las tierras llanas y fértiles, donde los frutos apenas exigían trabajo en su logro.

Lo que antes era «nuestro», pasó a ser «mío» o «tuyo». De ahí surgió el egoísmo, la ambición, el odio..., ¡la guerra!

Así contemplaba la hermana mayor aquel lugar sembrado de cadáveres, que destilaban sangre sin cesar, la cual iba engrosando un enorme lago en el centro del campo de batalla.

* * *

Mientras tanto el astro de la noche continuaba ascendiendo por su largo camino a través del firmamento. Cuando alcanzó el cénit, su Blanca Faz tenía una expresión sobrehumana, casi divina; una expresión de serenidad y dulzura, de justicia y perdón.

Las tres ancianas se postraron de hinojos, en señal de acatamiento hacia aquel símbolo o personificación de JAUNGOIKOA, del Señor de lo Alto.

Lentamente, con solemnidad litúrgica, se incorporó la hermana mayor, la gran sacerdotisa de las antiguas edades, para ofrecer el sacrificio del PLENILUNIO. Su larga y nivea cabellera flameaba al viento. Su túnica blanca sobrepasaba en resplandor al de la nieve que tapizaba las gradas de su trono.

Con los ojos desorbitados por el dolor, ofrece a JAUNGOIKOÁ las vidas, los sacrificios, las lágrimas y las penas de aquellos pobres hombres —sus hijos— que petrificados por el terror o la muerte, yacían inmóviles a sus pies.

Con voz estremecedora, implora el perdón para este pueblo extraviado, que ha olvidado la sencillez y la inocencia. Para este pueblo próximo a desaparecer absorbido por la gran marea de los pueblos vecinos.

Sus ruegos y plegarias resuenan como un alud, repetido por los ecos de la montaña.

Pero la Blanca Faz, continuaba dulce y serena; quizás también un poco triste. Parecía decirle a aquella anciana de semblante PERDIDO que nunca apartaría su Gracia de aquel pueblo, que yacía abatido en un LAGO HELADO de sangre. Pero que éste sólo volvería a ser libre si respetaba la LEGE ZARRA, su ley antigua y eterna del Amor; si tornaba a la sencillez de sus antiguas costumbres; si colaboraba lealmente con los pueblos hermanos, en las tareas comunes que juntos emprendieran.

* * *

Consumado el sacrificio del PLENILUNIO, lentamente regresaron a sus tronos, las TRES ancianas SORORES. De nuevo volvieron a vestir sus mortajas rocosas, y a ostentar los sudarios de nieve.

Al poco tiempo, también el astro de la noche se ocultó detrás de aquellas altas cumbres. Nuevamente las tinieblas se adueñaron del campo de batalla. Los pocos guerreros sobrevivientes abandonaron el lugar, y se lanzaron a escalar las paredes y ventisqueros con ansias de purificación, de elevación hacia las estrellas.

Un frío glacial se extendió por todas partes.

Algunos guerreros rezagados no consiguieron saltar a las estrellas, y quedaron en la cima de las montañas, convertidos en blancas agujas de hielo. Los caídos, los imposibilitados por la muerte, las heridas o el cansancio, también se transfiguran. Veo sus cuerpos, exánimes, transformados en piedras de oscuros colores. Sus miembros despedazados semejan un montón informe de cascos desparramados por la ladera. Pero su sangre... otrora caliente y roja, se torna fría y blanca como el hielo. Aquellos despojos humanos, que todavía guardan en sus entrañas alguna gota de sangre, por la gracia de ésta, adquieren, también, su color y su frigidéz. Todo tiene un aspecto blanquecino. El campo de batalla entero, ha quedado reducido a un inmenso GLACIAR sembrado de SERACS, donde un blanco sudario de nieve, envuelve y protege aquellos pobres despojos de una cruel batalla. Todavía de vez en cuando, algún SERACS, moribundo que intenta incorporarse, cae desplomado, lanzando quejidos de agonía.

Después... se apodera nuevamente del campo, el silencio, el frío y las tinieblas.

* * *

Estaba yo a punto de convertirme también en un «serac», cuando me despertaron los gritos de mis compañeros, anunciándome que la cena estaba ya servida.

Cerré el obturador de la cámara, recogí mi saco, y somnoliento regresé al campamento.